

CRONICA RETROSPECTIVA

El artista adolescente (Schumann en su Diario Intimo)

UN SOÑADOR QUE ASPIRA A LA GLORIA

Roberto era en la escuela un alumno corriente, más bien soñador y distraído. Una cosa me impresionó muy pronto en él: estaba dominado por la absoluta certidumbre de llegar a ser pronto un hombre célebre. ¿De qué manera?, no estaba todavía definida; sería célebre en todo caso por un camino u otro. Se lanzó al principio y por un cierto tiempo sobre la filología, que precisamente era su lado más débil, y mi diccionario Scheler conserva todavía multitud de citas eruditas trazadas por su mano en esta época. A continuación se apasionó por la heráldica, que estudió con el mismo ardor. Más tarde, caímos los dos sobre la poesía alemana y allí quedamos reclusos. Tenía un talento notable de escritor en prosa y verso. También nos sorprendía por el conjunto de sus ensayos musicales.

Disfrutamos de una ocasión única de profundizar nuestros conocimientos literarios: la casa de los Schumann estaba llena de clásicos y disponíamos de permiso para consultar los ejemplares de sus obras. Conocimos además un júbilo excepcional cuando el viejo Augusto Schumann nos autorizaba los Domingos por la tarde a entrar en su biblioteca particular, que mantenía cuidadosamente cerrada los demás días y en la cual se apilaba el tesoro clásico del universo entero. (De las Memorias de Flechsig. 1875).

PRIMEROS RECUERDOS MUSICALES

Improvisación libre varias horas por día. Amor a la libertad y a la naturaleza. Placer de viajar. Deseos vagos como fondo de todo. Posibilidades de escribir versos. Lengua alemana: lectura de los clásicos. Memoria. En el más alto grado en la improvisación libre. Ardor inflamado de mis discursos. Falta completa de dirección tangible. Apetencia mórbida de la música y el piano, cuando permanecía largo tiempo sin tocar. Entusiasmo por Jean-Paul. Concepto de la música sobre todo en el sentido de Jean-Paul: como consoladora en horas de soledad. Mozart,

Haydn, Beethoven... falta total de conocimiento de la música y especialmente, falta de técnica, de teoría. Fuerte impresión en 1827: la acogida de los jóvenes por las personas mayores. (Diario juvenil de Shumann).

FORMACION DE UN APRENDIZ DE MUSICO

Desde temprano, improvisaciones al piano. Enfermedad de la música. Variaciones sobre temas. Rossini en flor y mi criterio entorpecido por entonces. Biblioteca musical: partituras de Don Juan, La Flauta Mágica, Tito, Cendrillon. Primera ópera en Leipzig (1818): La Flauta Mágica. Preludios cotidianos para mi padre, después de la cena. Fastidiado de tocar oberturas. Sinfonía Heroica a cuatro manos. Sonatas de Mozart, Haydn y, más tarde, Ries, Kalkbrenner. Pasión por el teatro desde 1823 a 1827. En 1825, traducciones de Anacreonte y después de Teócrito, Homero, Sófocles Tíbulo y Horacio. Gran talento métrico. Ensayos dramáticos (Coriolano). 1829: mucho Ossian y Petrarca.

Cuarteto con los Carus y Schlegel: Mozart, Dussek, Haydn, Beethoven, Serenata del Arpista, El Rey de los Alamos, el Lied en Sol sostenido menor de Schubert, Sonata de Weber. Ensayos de componer sin instrumentar. 1827: Las Lamentaciones de Byron. 1827: composiciones de Franz Schubert, Sonata en La menor de J. S. Bach; las Variaciones en Sol mayor de Beethoven me cayeron en las manos. Estreno del Concierto en Fa menor. Retratos de hombres célebres. Biografías. Buen bailarín.

Klopstock, Schiller, von Nauenburg, Schulze, Hölderlin; intimidación por otra parte con todos los clásicos. 1827: ante todo Jean-Paul. Shakespeare también.

Pascua de 1828: exaltaciones nocturnas. Improvisaciones libres todos los días sin excepción. Por otra parte, fantasías literarias a la manera de Jean-Paul.

CONTACTO CON LA TECNICA

Fuerte inclinación hacia la música desde los primeros años. Un buen maes-

tro, que me quería pero que él mismo no tocaba sino medianamente. No recibí en cuanto a la composición ninguna enseñanza antes de los veinte años, pero comencé muy temprano a componer.

Aparte de Mozart y Haydn, los maestros favoritos de mi juventud son: Pixis, Moscheles, el Príncipe Luis; no conocía a Beethoven más que por sus cosas para piano. No había cído a ningún gran artista. De esta misma época hasta mis veinte años datan igualmente varios ensayos poéticos. Los poetas más importantes de casi todos los países me eran familiares. A los dieciocho años, entusiasmo por Jean-Paul; oí entonces también a Franz Schubert por primera vez. Goethe y Bach me fueron reino cerrado hasta entonces... Oí buena música. Después Schubert y Beethoven se elevaron en mi estimación y Bach comenzó a contar para mí.

FANTASIA E IMPROVISACION

Si el cielo te concede una viva imaginación, querrás con frecuencia, en tus horas solitarias, al sentarte al piano, como fascinado, expresar en armonías tu ser íntimo. Te sentirás como atraído, —y misteriosamente,—hacia un país encantado, tanto más que el reino de las armonías es tal vez obscuro para ti aún. Estas horas son con mucho las más felices de la juventud. Cúidate no obstante de abandonarte con exceso a unas facultades que te llevarán a disipar en sombras tanto tu fuerza como tu tiempo. El dominio de la forma, la fuerza de una construcción clara, no los adquirirás más que por los signos sólidos de la escritura. Escribe por tanto más que improvises.

(Consejo a los Jóvenes músicos para el «Album de la Juventud», 1848).

UN AÑO DE SUEÑOS

En verdad todo este año (el de los dieciséis de su edad) se desarrolló para mí como un sueño. Pero, si de una parte he soñado, de otra, me encontré con la severa realidad. Dos seres amados me han sido perdidos: uno, que me era el más caro de todos, para siempre; y el otro... también de cierta forma para siempre.

Me sublevé entonces contra el destino. Mas ahora que puedo meditar sobre todo, abrazar a todos de una mirada, reconozco claramente que el Destino obró bien. Era yo una ola hirviente y gritaba a mi paso: «¿Por

qué he de servir, justamente yo, para ser desgarrado por la tempestad?» La tempestad se calmó y las ondas se hicieron más puras y más claras. Vi entonces que aquel polvo que yacía sobre el suelo había sido arrastrado y se agitaba todavía sobre la arena luminosa. Puntos de vista e ideas sobre la vida se consolidaron así en mí; en una palabra: me he hecho más claro para mí mismo.

NOCHES DE JUNIO Y DIAS DE JULIO

Hay un momento en la vida de la adolescente en el que su corazón no puede hallar lo que quiere, porque, ante la languidez del deseo o las lágrimas de la alegría, no sabe lo que pretende. Es ese no se qué de sublime y silencioso que agita al alma ante su felicidad lo que hace a la mirada de la adolescente hundirse soñadora en las estrellas y llorar,—pero de alegría,—ante aquellas que sonríen, así como, deteniéndose a veces pensativa, se dirige hacia la ribera, reposa entre las flores, busca las rosas y deshoja a las margaritas. Allí medita sonriente y se dice, entusiasmada: «¿Ah, por qué todavía ningún hombre me ha ofrecido tal flor? ¿Por qué todavía ningún hombre me ama?».

Cada cual, es cierto, debe tener una vez en su vida una época de contacto íntimo con las flores y las estrellas, en la que un alba suavemente rosada lo ilumine todo en torno de él, ocultando un sol que va a levantarse.

EL BRUMOSO FUTURO

Lo que soy, no lo sé todavía claramente. Tengo imaginación, nadie podrá rebatírmelo. No soy un pensador profundo; jamás puedo seguir con lógica el hilo que tal vez he anudado bien momentos antes. Si soy un poeta o no, la posteridad habrá de decidirlo...

Es singular que cuando mis sentimientos hablan más fuerte, tengo que dejar de ser poeta; no puedo, por lo menos entonces, poner por escrito pensamientos coherentes. Pero allí donde mi yo no ha sido dominado por sus propios sentimientos, allí donde sólo reina la imaginación, puedo escribir con libertad, fácilmente y mejor. En esos momentos soy uno conmigo mismo. También me es imposible hacer un poema para Lily. Porque para ello estoy casi siempre demasiado emocionado: las emociones son mudas.